

CHRIS BAMBERY

HISTORIA MARXISTA
DE LA SEGUNDA
GUERRA MUNDIAL

Traducción de
CECILIA BELZA

PASADO & PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	9
1. LOS IMPERIOS COMPITEN EN UNA ÉPOCA DE CRISIS ECONÓMICA	15
La Gran Depresión alimenta las rivalidades entre las grandes potencias	15
Por qué la segunda guerra mundial fue distinta	21
2. LAS POTENCIAS ALIADAS	25
Gran Bretaña: El león en invierno	25
El apaciguamiento deriva de la debilidad	27
Amigos interiores del fascismo	32
¿Cómo podría librar Gran Bretaña una guerra mundial?	38
Francia: Al borde de la guerra civil	39
La URSS: El baluarte contra el bolchevismo	43
Estados Unidos: Afrontar el destino	50
3. LAS POTENCIAS DEL EJE	59
Alemania: Nazismo igual a guerra	59
Estabilización económica y posterior derrumbe	61
Hitler llega al poder	66
Autosuficiencia, rearme y expansión	69
Judíos, bolcheviques y otros «asociales»	75
La necesidad de la guerra	78
Italia: mucha hambre y poco zurrón	82
Japón: la guerra como única escapatoria	87

4. LA CUENTA ATRÁS PARA LA GUERRA	99
La Renania	99
Frentes populares en España y Francia	101
Francia dividida	104
Halifax se reúne con Hitler	105
El Anschluss.....	108
Checoslovaquia, vendida	109
Las últimas horas antes de la guerra.....	118
El apaciguamiento continúa	125
5. LOS ALBORES DE LA GUERRA	129
Cae Polonia.....	129
La ocupación de Francia	135
Winston Churchill: Caminar al paso del destino	137
¿Lucha o rendición?	144
Francia se desmorona	149
El Reino Unido se queda solo.....	153
La batalla de Inglaterra	159
La guerra de Churchill.....	163
Estados Unidos exprime a los británicos	170
6. LA UNIÓN SOVIÉTICA: EL CRISOL DE LA VICTORIA	181
A las puertas de Moscú.....	181
El momento decisivo de la segunda guerra mundial	200
Genocidio	208
7. EL FIN DEL TERCER REICH	221
Guerra de material.....	221
Fin de la guerra para Mussolini	231
La invasión del noroeste europeo	236
El fracaso de las campañas de bombardeo	244
La destrucción del Tercer Reich.....	249
Genocidio hasta el final	255
¿Dónde estaba la clase obrera de Alemania?	261
8. RESISTENCIA EN EUROPA	263
Italia	269
Francia.....	275
Bélgica.....	281

Grecia	282
Europa parcelada	289
Yugoslavia	290
Albania	295
Conclusión	297
9. ASIA Y EL PACÍFICO	299
Primera fase de la guerra en Oriente	299
Guerra en el Pacífico	307
Estados Unidos a la ofensiva	315
La derrota de Japón	321
10. EL ESTE ES ROJO	329
China	329
Corea	337
Vietnam	339
Malasia	341
Las Filipinas	342
Indonesia	343
11. EL MUNDO EN LA POSGUERRA	345
Se declara el siglo de Estados Unidos	345
La defunción del Imperio británico	353
La India	357
Oriente Próximo	361
El fin del Imperio francés	363
CONCLUSIÓN	365
Hacia una interpretación marxista de la guerra	366
¿Era viable la revolución?	371
<i>Notas</i>	379
<i>Cronología</i>	417
<i>Agradecimientos</i>	427
<i>Índice alfabético</i>	429

INTRODUCCIÓN

La segunda guerra mundial proyecta una larga sombra. Junto con el ascenso previo de los nazis al poder, domina los diversos canales televisivos de divulgación histórica. Las populares películas sobre la guerra siguen convocando a las masas y se repiten infinitas veces en la pequeña pantalla. Su fantasma ha estado presente también en las guerras que han dejado su zarpazo sobre nuestro planeta en los últimos años. La «guerra contra el terror» que siguió a los ataques del 11 de septiembre de 2001 se presentó como una continuación de la lucha de la democracia contra una nueva amenaza totalitaria que recordaba a la de los nazis, al mismo tiempo que se condenaba como «apaciguamiento» la oposición a las guerras de Irak y Afganistán. Como sostuvo en septiembre de 2002 Tammy Bruce, presentador de una tertulia de radio estadounidense y analista político de la cadena de noticias Fox News Channel:

Hoy, en 2002, tenemos la responsabilidad de detener a Saddam Hussein y, aun así, los quejumbrosos nietos de Chamberlain, diseminados ahora por toda Europa y por el mundo, se han sentido en la obligación de pedirnos que no atacemos Irak ... nadie, sobre todo en Europa, goza de una posición moral que le permita decirnos qué hacer cuando nos enfrentamos a la guerra y al mal. Ese derecho lo perdieron al aceptar los cientos de miles de muertes estadounidenses para salvar su tierra de los monstruos que no quisieron detener antes.¹

En 2003, Irak se situaba en el centro de la tabla de la liga del poder mundial, con una economía devastada tras una década de sanciones internacionales. En comparación, a comienzos de la segunda guerra mundial, Alemania era la primera potencia militar del mundo y su economía, la segunda más fuerte. Los intentos de comparar a Saddam Hussein con Hitler no hacen sino atenuar los crímenes de este último,

especialmente el Holocausto. Saddam fue un brutal asesino de masas, pero su violencia no tiene parangón con la de Hitler.²

En la época de la primera guerra del Golfo, en 1990-1991, ya se nos decía que Saddam Hussein era otro Hitler, y que cualquier medida que no incluyese el uso de la fuerza militar —las sanciones económicas, por ejemplo— implicaría «ceder terreno» a los dictadores. *The Sun* ridiculizó a los «apaciguadores sin carácter» que consideraban que «bastaría con una combinación de sanciones y razonamientos corteses», al mismo tiempo que el *Daily Express* se burlaba de «los apaciguadores y la brigada del “Demos una oportunidad a las sanciones”» (ambos en sus ediciones del 16 de enero de 1991). El mismo argumentario se desplegó otra vez durante los preparativos de los ataques de la OTAN en Serbia, en 1995 y en 1999.³

Este intento de retratar a quienes critican las guerras de Estados Unidos y del Reino Unido como herederos espirituales del primer ministro británico Neville Chamberlain, que tan desesperadamente trató de comprar a Hitler para evitar el conflicto armado, se remonta al menos a 1982 cuando Gran Bretaña inició la guerra contra Argentina por las Malvinas. Cuando en la Cámara de los Comunes se debatió la decisión de ir a la guerra, el jefe de la oposición era el laborista Michael Foot. Cuarenta años atrás, Foot había clamado en contra del apaciguamiento y había participado en la redacción de *The Guilty Men* («Los culpables»), un panfleto superventas publicado en el verano de 1940 en el que se culpaba a Chamberlain y a sus seguidores de la previsible invasión alemana. Presentándose como un «pacificador empedernido», Foot apremió al gobierno para que «probase con hechos» que no se había traicionado a las Malvinas. Cuando volvió a tomar asiento, el parlamentario conservador Edward du Cann respondió: «El líder de la oposición ha hablado por todos nosotros. Ha prestado un servicio a la nación».⁴

Du Cann se hizo eco, conscientemente, del grito de Leo Amery en septiembre de 1939. Cuando Chamberlain eludía con evasivas una declaración de guerra contra Hitler —pese a la invasión alemana de Polonia—, el líder en funciones del Partido Laborista, Arthur Greenwood, se puso en pie para intervenir. Greenwood empezó diciendo que hablaría en nombre de su formación; Amery, un *Tory* de la derecha y paladín del imperialismo, gritó: «¡Hable por Inglaterra!». Esta intervención se suele recordar como uno de esos «grandes momentos» de Westminster.⁵

Cuando los dirigentes políticos de Gran Bretaña y Estados Unidos sostienen hoy que los antibelicistas, liberales y de izquierdas, son herederos de quienes trataron de congraciarse con Hitler, pasan por alto el hecho de que los apaciguadores de la década de 1930 fueron, en su mayoría, de derechas y que entre ellos se contaba casi todo el Partido Conservador británico, miembros destacados de la familia real y la prensa favorable a los *Tories*. No se trataba de sujetos aislados en los círculos gubernamentales de Gran Bretaña; representaban la opinión de la mayoría. Los sucesos casi revolucionarios que convulsionaron la Francia de 1934-1936, junto con la auténtica revolución que se vivió al principio de la guerra civil española, habían servido para reforzar su idea de que el principal enemigo era el comunismo. En Londres, Berlín, París, Moscú, Washington y Tokio, antes de la guerra y en su transcurso, hubo auténtico temor a que estallara un conflicto social que pusiera en duda el orden establecido.

En su *Historia del siglo XX*, Eric Hobsbawm sostiene que, en Occidente, la segunda guerra mundial se puede comprender mejor

no como una lucha de estados, sino como una guerra civil ideológica a nivel internacional ... Y, en realidad, las divisiones fundamentales en esta guerra civil no se trazaron entre capitalismo y revolución social comunista, sino entre familias ideológicas ... entre lo que el siglo XIX habría llamado «progreso» y «reacción»; solo que estos términos ya no eran los apropiados.⁶

Desde el principio, millones de personas comprendieron que no se trataba simplemente de una guerra contra el nazismo sino de un conflicto en el que sus propias clases dirigentes habían quedado escindidas. En ninguna parte fue esto más cierto que en Francia. La elección en mayo de 1936 de un gobierno del Frente Popular dirigido por el socialista Léon Blum, con el respaldo de los comunistas, y la posterior oleada de huelgas y ocupaciones de fábricas, sembraron el terror entre la clase dirigente. La caída de Francia en mayo y junio de 1940 solo puede entenderse en este contexto.

Hobsbawm tiene parte de razón. Se vivió una gran lucha popular contra el fascismo que, en los tres últimos años de la guerra, fue extendiéndose por buena parte de Europa y, a consecuencia de la amplia colaboración que los gobiernos de los países ocupados prestaron a los nazis, el conflicto acabó asumiendo tintes de guerra civil. Pero este

análisis pasa por alto el hecho de que la segunda guerra mundial también fue una continuación del conflicto de 1914-1918: una lucha para volver a repartir el mundo entre las grandes potencias. Este fue el rasgo principal de aquella guerra, ya que representa el motivo por el cual los dirigentes de los países enfrentados libraron la contienda.

El presente libro intenta explicar que la segunda guerra mundial fue, de hecho, una guerra imperialista, si bien debemos tener en cuenta que había implicados otros factores más complejos. En el mundo, muchísima gente quiso oponerse al fascismo y, sin importar qué sospechas abrigasen hacia su propia clase gobernante, estuvieron dispuestos a seguir su ejemplo en la lucha contra Hitler. Mis padres se ofrecieron voluntarios para servir en las fuerzas armadas de Gran Bretaña. Fue una acción que dejó impronta. Mi madre cogió una fiebre reumática y, en adelante, estuvo siempre enferma, lo que la llevó a una muerte temprana. Mi padre, que había servido en la Marina, se quedó sordo a consecuencia de horas y días pasados en el radar y los equipos de detección submarina. En ningún caso el daño fue equiparable al que experimentaron millones de personas, que vieron desaparecer a toda su familia, que sufrieron la bomba atómica o cuya casa quedó destruida por completo. Y pese al daño que mis padres padecieron, ambos consideraban la segunda guerra mundial como una guerra necesaria, si no una «guerra justa»: la que se debía llevar a cabo para detener a Hitler y a los nazis. Millones de participantes la vieron como una batalla que había que librar. Las noticias de Belsen y de los campos de la muerte posteriores a la rendición de Alemania tan solo vinieron a confirmarlo.

El modo en que se contempla la guerra de 1939-1945 contrasta con la actitud típica hacia la primera guerra mundial, hoy considerada por la amplia mayoría como una carnicería indiscriminada que sirvió para bien poco. Mis dos abuelos lucharon en ella. Uno de ellos se limitaba a no hablar de sus experiencias. El otro deseaba que nadie de su familia tuviera que pasar nunca más por una vivencia semejante.

Aunque se considera que la segunda guerra mundial fue una guerra necesaria para contener el fascismo, existen sin embargo obvios contrasentidos. Mi padre visitó buena parte del globo en su periodo de servicio naval. Cuando describía sus experiencias en el África Oriental durante la liquidación del poder colonial italiano —o más tarde, en la India y Sri Lanka en las últimas etapas de la guerra contra Japón— él era plenamente consciente de que Gran Bretaña no estaba luchando por la democracia sino por conservar su imperio, fundamentado en un

racismo despiadado hacia los pueblos sometidos. Recordaba que Winston Churchill había enviado a las tropas contra los mineros galeses en 1910, en Tonypany, y se había mostrado radicalmente contrario a los sindicalistas en la huelga general de 1926. Churchill era —me decía a mí— «un cabrón», y añadía, «pero nos hacía falta un cabrón para combatir contra Hitler».

Al intentar comprender el mayor conflicto de la historia de la humanidad hasta la fecha, entramos en un campo de batalla ideológico. Aquella lucha empezó incluso antes de que las tropas de Hitler entrasen en Polonia, dando paso a una guerra europea que se habría universalizado en tres años. La guerra ideológica no ha cesado en su furia desde entonces, con sus altibajos.

En este libro se ofrece una explicación marxista de por qué tuvo lugar la segunda guerra mundial, cómo se luchó y cuál fue su resultado. Empezaré explicando por qué creo que fue una guerra librada, fundamentalmente, por la hegemonía global, pero también qué la diferencia de su antecesora de 1914-1918, ya que la oposición popular ante el fascismo llevó a la gente normal y corriente a los campos de batalla y, más tarde, a la resistencia. Posteriormente examinaré cada una de las potencias implicadas, empezando por el bando aliado. En especial, aquí sostengo que los Aliados fueron un grupo de hermanos enfrentados. Esto nos permitirá revisar, más adelante, la cuenta atrás hacia la guerra y el alcance de la política de apaciguamiento con Hitler en los círculos de gobierno occidentales.

Desde el momento en que el Tercer Reich entró en guerra, avanzó hacia el genocidio, cuyos inicios se hicieron evidentes en 1939 con la conquista de Polonia. Al observar los comienzos de la guerra, vemos también por qué las divisiones de clase socavaron la capacidad de lucha francesa y cómo sobrevivió Gran Bretaña al colapso de su aliado, aunque su posición no le permitiera derrotar a Alemania en solitario.

La decisión de Hitler de invadir Rusia parecía garantizar la victoria clave que él deseaba a finales de 1941, pero el régimen de Stalin resistió y en 1942-1943 los rusos cambiarían definitivamente las tornas con el Tercer Reich. La guerra en Rusia fue crucial para derrotar a Hitler. En el siguiente capítulo revisaremos los sucesos que contribuyeron a esta derrota, así como el regreso de las fuerzas británicas a la Europa continental, de la mano de los estadounidenses, en una alianza en que el poder y la riqueza de Estados Unidos le valdrían un dominio claro. Mientras tanto, al tiempo que Alemania se enfrentaba a la derro-

ta, los nazis perpetraban el peor crimen de la historia de la humanidad: el Holocausto.

La ocupación alemana de buena parte del territorio europeo generó una resistencia con una dinámica revolucionaria, según expondré más adelante, pero que se desvió del objetivo porque la izquierda, principalmente los partidos comunistas, ayudaron a contenerla.

Luego nos centraremos en la expansión de la guerra al Pacífico y en el fracaso de Japón para aprovechar sus victorias iniciales, al mismo tiempo que los estadounidenses eran capaces de librar una guerra en dos frentes y, al final, asegurarse la victoria en el Pacífico. Menos conocida es la resistencia popular que se desarrolló ante el imperialismo japonés y la posibilidad de volver al gobierno colonial. Durante aquella guerra, los comunistas iniciarían el camino que los llevaría hasta el poder en China.

Pese a la determinación de Churchill de proteger y conservar el Imperio británico, la tarea excedía sus capacidades. En las páginas previas a la conclusión, revisaremos los motivos de la desaparición del Imperio. Por último analizaremos cómo modeló la guerra nuestro mundo de hoy y cómo, desgraciadamente, la paz no puso fin a la guerra y la ocupación.